

PEQUEÑA CRÓNICA DE LA CIUDAD

EL RINCON DEL TIEMPO DORMIDO

Por Juan Antonio Padrón Alborno

Santa Cruz guarda rincones donde el tiempo parece dormido. Son lugares con sosiego de antaño y que invitan al diálogo inútil, intrascendente, con amigo que no tenga prisa y al paso moroso y sensitivo de paseante.

Cerca de estos lugares, la ciudad, indiferente, se envuelve en la capa sonora del tráfico moderno y, con orgullo, lanza en vertical hierro y cemento en conquista utópica de las nubes que, con su pañuelo de sombras, comienzan a borrar colores en la mar y en la tierra.

La flecha de piedra de la vieja iglesia se alza y trata de dominar con su altura señera las cercanas chimeneas industriales que manchan el azul claro y trémulo. Sus negros penachos ponen rúbrica de "steamer" y hacen evocar los ya idos tiempos—verdadero rincón de alegoría—del Santa Cruz carbonero.

El redondo, humilde callao, cubre la calle centenaria y pone en ella su impronta marinera. Polvorientos, los árboles escasos se esfuerzan por hacer resaltar su gracia, su frescor verde, pero no consiguen alegrar la estampa de la cercana plaza, desolada con sus mutilados laureles.

El cemento pone su nota vulgar y nueva. Ofende a las deterioradas mansiones de antaño, con nobles, mudas fachadas y anchas portaladas. En lo alto el tocado de tejas canarias—aire de viñeta policroma y convencional—acentúa el tiempo del romanticismo y la elocuencia. Las historiadas puertas y ventanas parecen sonríen bonachonamente y toman aire condescendiente, de humillado poderío, de domesticada importancia.

Desde el alto mirador, la ciudad aparece tendida y desplegada como un vuelo de gaviotas. Clavada en la playa y sedienta de brisas, se mira en su mar libre que pone en la costa hervores de olas inmortales. Y también en la que, mar interior, de puerto, se amansa y dulcifica perdiendo sus ímpetus agresivos.

El ocaso parece que no acaba nunca. El sol último rompe las

grandes nubes y compone sombras azules. La vieja calle se empapa de crepúsculo. Hay en ella como un espíritu lleno de sonrisas y piedades. Entonces, en ese instante mágico del mutis solar, tenemos la sensación de que todo lo que nos rodea da la impresión de cosa bien hecha—como los antiguos muebles de oscura caoba—hecha concienzudamente, honradamente, para que de verdad dure.

De un oscuro almacén surge la procesión lenta que va depositando géneros en un camión que, con su línea moderna, rompe totalmente la armonía un tanto dieciochesca del ambiente. Desentona la estampa nueva, metálica y policromada, del vehículo de motor. Y es que aquel es lugar para trajín de aceradas llantas, ejes sin engrasar de viejos carros canarios y, dominándolo todo, los arres indignados de los carreros.

En el lóbrego interior, donde los escasos puntos de luz acentúan las tinieblas, se dibujan las negras y afanadas siluetas—estampa verdaderamente digna de Dickens—que rezan la incabable letanía del esfuerzo.

Se oyen claros, metálicos casi, los cantos de los pájaros lejanos. La última luz del sol hace ascuas mientras un viento manso, suave y bueno, empieza a abrir y cerrar la duda y la sombra.

Cuando cae la noche, sobre su negrura una chimenea se adorna con gallardete de terciopelo y el acompasado latir de máquinas, en vela perpetua, parece acentuar su canción metálica y silbante.

El encanto se rompe ante el triunfo de la Máquina y pasado y presente se disocian de nuevo.

Viene a la mente la frase del cantor de la cárcel de Reading—"quien mire al pasado no merece tener un futuro"—y pienso que el pasado hay que amarlo como tal y sentirlo como tal pasado. Y no deseando fuese todavía presente. Pero no podemos exceptuar de este criterio el pasado personal, el propio tiempo niño.